

editorial Cuadernos del Laberinto



editorial Cuadernos del Laberinto

Julián Ibáñez

Canino

editorial Cuadernos del Laberinto



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n.º 11 —

SERIE BELLÓN, 7

MADRID • MMXVI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Jumpingsack
Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro

Primera edición: Abril 2016
I.S.B.N: 978-84-945357-6-5
Depósito legal: M-10857-2016
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com



editorial Cuadernos del Laberinto

Serían como las dos y en el aparcamiento no había ningún camión, no era aconsejable comer allí, las raciones eran pequeñas y las camareras demasiado flacas y no sonreían. Solo un Citroën debajo de una marquesina de uralita agujereada.

Andaba con esto y con lo otro dentro de mi cabeza cuando me llamaron la atención seis letras de un azul enfermizo en el cielo gris de febrero: HOSTAL. Solo «hostal», y muy a la derecha, casi en el extremo de la cornisa, como si hubiera sonado la sirena cuando se disponían a colocar el nombre.

Era un edificio de tres plantas, de un blanco grisáceo a la turbia luz invernal, sin ningún adorno, con unas quince ventanas sin macetas y con las persianas bajadas. Se encontraba a unos cien metros de la carretera. «Restaurante Pepita», decía otro rótulo en las mismas letras azules, aunque bastante más pequeñas, bien centrado esta vez en la cornisa de un adosado de una sola planta con grandes ventanales de madera.

Éramos unos quince pasajeros desperdigados por los asientos. Casi todos viejos con la cartera vacía y un par de amas de casa que regresaban al redil cargadas de bolsas y no dejaban de parlotear. Dos golpes de bocina me hicieron volver la cabeza. Nos cruzábamos con otro autobús. Los dos conductores vestían

la misma camisa verde oliva y ambos eran tipos menudos con el pelo corto y gris y la expresión apagada, y no se miraron, el bocinazo era suficiente, seguramente se cruzaban cuatro o cinco veces al día, seguramente después del trabajo bebían un par de cervezas en el mismo bar, y uno de ellos estaría divorciándose de la hermana del otro, seguramente solo se comunicaban con la bocina porque hacía mucho que se habían dicho todo lo que tenían que decirse.

No había visto ningún club, ni ninguna otra clase de bar, lo que resultaba extraño. Me refiero en el par de kilómetros entre el hostel sin nombre y el pueblo. Normalmente, se encontraban cerca de la carretera con la chica desnuda con las piernas cruzadas guiñándote un ojo, pero sin que nadie llegara a distinguir las matrículas de los coches aparcados, y siempre en carreteras secundarias de poco tráfico. Aquello me decepcionó bastante, incluso llegué a preguntarme por qué me había subido a aquel autobús.

El mapa decía que era un pueblo lo suficientemente grande para que algunas chicas hicieran funambulismo en el borde de una acera, pero lo suficientemente pequeño para que sus socios no pasaran de ser patanes sin afeitar con las manos hundidas hasta el codo en los bolsillos del pantalón de pana.

El pueblo me pareció lo de siempre. Los mismos bloques de ladrillo que no me decían nada. Las mismas tiendas de todas partes, igual de vacías. Los mismos pocos transeúntes por las aceras, la mayoría como si hiciera mucho que habían perdido la brújula, o hubieran olvidado cómo funcionaba. Una plaza sin niños, ni palomas, un vagabundo sentado en un banco con

toda su casa dentro de dos abultadas bolsas de plástico. Un taller abierto de par en par y vacío, con un tipo, joven pero ya calvo, con las manos en los bolsillos del mono grasiento y un palillo a un lado de la boca, dando la bienvenida a un cliente invisible; una mujer chaparra, de abrigo negro que le venía corto y estrecho, casi corriendo porque su marido hacía una hora que contemplaba el plato de la sopa vacío...

Tres o cuatro calles y el autobús se detuvo al borde de la acera de un parque con árboles de tronco grueso pero sin hojas. Debía ser el centro del pueblo. Habían olvidado hacer una estación de autobuses.

Saqué la bolsa del maletero, miré a mi alrededor y me puse a caminar. Lo primero era encontrar una cama, luego un trabajo, pero para esto tendría que esperar a que se hiciera de noche. En el reloj de una farmacia faltaban cinco minutos para las tres.

En la bolsa solo llevaba media docena de prendas de ropa, el neceser y las dos cachiporras, por eso apenas pesaba. Era de lona, marrón oscuro, con tiras de badana negra y asas de plástico imitación cuero; no tenía correa y había que llevarla en la mano, como cuando a los trece años subí por primera vez a un autobús con un batallón de hormigas recorriendo mi espina dorsal.

Diez minutos y me encontré en una calle cualquiera con un rótulo en un balcón con la palabra «Pensión». Subí las escaleras de madera blanca que crujía, abrí una doble puerta empujándola con la punta del zapato y me encontré en un pequeño recibidor con un mostrador a la derecha de solo medio metro

de largo, sosteniendo los brazos de un tipo de rostro viejo contemplando la nada. Dejé la bolsa en el suelo.

—Una habitación.

Sin mirar para ver quién le había hablado, el tipo movió solo los labios para decirme que no tenía nada, que probara en la pensión a la vuelta de la esquina, pero que tampoco tendrían nada, se irguió y sus ojos se ocuparon de mí para añadir que no encontraría nada en cien kilómetros a la redonda, y algo sobre Palencia y un congreso y que así son las cosas. Le pregunté qué tal el hostel que había visto desde el autobús, entonces en la mirada del tipo apareció un soplo de vida, como si acabara de pasar su luna de miel en aquel hostel, y musitó una palabra: «la rusa», luego, añadiéndole peso a su mirada, que sí, que allí habría, pero en el tono que se emplea para referirse a una oveja descarriada.

No había nadie en recepción. El mostrador era pequeño, de madera, con un ordenador encendido al otro lado, también había cartapacios y papeles y una silla de esas con ruedas. A la derecha había una escalera con escalones de gres. Y un tresillo verde oliva, y una mesa baja con tablero de mármol, y otra mesita con un florero de plástico con un par de flores blancas de plástico, y una alfombra algo raída. A la izquierda arrancaba un pasillo, con puertas que serían de habitaciones. Y en el hueco de la escalera había pues tres o cuatro cosas más.

Junto a la pantalla del ordenador, dentro de un marco plateado, había una foto: una casa rodeada de árboles muy altos y frondosos, de solo una planta, con un tejado muy inclinado de algo que parecía paja; un hombre y una mujer posaban delante de la casa, en los sesenta, o más, muy firmes mirando fijamente a la cámara, como si fuera la primera foto que se hacían en su vida, o quizás la última. La vestimenta de los dos era como de otro tiempo, de hacía cincuenta años, los dos de traje, la falda de ella estrecha y una cuarta por debajo de las rodillas, también con pantalones debajo de la falda y botas altas, y un pañuelo blanco en la cabeza; el hombre con camisa blanca muy holgada abotonada hasta el cuello y en la cabeza un gorro negro,

también con botas altas y los pantalones bastante anchos en la culera; tenía un mostacho blanco con dos puntas que le caían a ambos lados de la boca como una morsa. Del marco colgaba lo que parecía un rosario de cuentas plateadas, rematado con una cruz de esas con dos travesaños, también de plata sin bruñir.

No había timbre para llamar al recepcionista desertor. Di un par de palmadas.

Una de las hojas de una doble puerta de cristal esmerilado, a la izquierda del pasillo, estaba entreabierta y parecía comunicar con el restaurante Pepita donde, sobre una repisa alta, se veía un televisor apagado. Las llaves de las habitaciones colgaban en los cajetines porque allí no habían llegado las cerraduras magnéticas; calculé unos veinte cajetines, todos con las llaves, así que ningún huésped se encontraba en su habitación, o no había huéspedes. De pronto la televisión se encendió como si lo hubiera hecho sola. En el reloj Fanta sobre los cajetines faltaban dos minutos para las cuatro, quizás iban a dar las noticias. Me acerqué a la puerta de cristal, asomé la cabeza, y entonces me encontré con una choni que venía hacia la puerta.

Me miraba sabiendo que había alguien en recepción, una mirada neutra, de esas que te ven pero sin que su cerebro se formule preguntas, la de una mujer acostumbrada a ver aparecer una cabeza desconocida en aquella puerta de cristal esmerilado.

Lo primero que llamó mi atención fue su coleta, bueno, su rosquilla. Era una trenza enroscada alrededor de la cabeza, como las llevan algunas extranjeras, o algunas viejas para meter-

se en la cama; debía medir un metro, además era muy rubia, un rubio que no parecía de botella.

Me quedé mirándola para que desviara la mirada y no se fijara demasiado en mi cara, pero no cedió, no lo hizo retadoramente, sino como si mi imagen no la alcanzara, porque aquello que había en la puerta era solo una sombra y ella tenía otras sombras dentro de la cabeza. Cuando la tuve a un par de metros me fijé en su alianza, que era bastante gruesa, quizás mantuve mi mirada allí un segundo más de lo necesario, algo de lo que me arrepentí, no quería que me tomara por un patán que ha descolgado el traje del armario porque están repicando las campanas.

—Buenas tardes. ¿Quiere habitación?

—¿Qué hay? Sí.

Me sonrió durante un par de segundos, una sonrisa profesional. Le devolví la sonrisa pero ya no me miraba.

Sus rasgos eran un poco de bebé, como si no acabara de encontrar la puerta a la madurez. Aunque andaría por los cuarenta, o un par de años más, o un par de años menos. Unas gafas de esas de medio cristal colgaban de una fina cadena de cuentas alrededor de su cuello descansando sobre los pechos. Y su boca era perfecta, también su nariz, y sus ojos eran dignos de la nariz y, pensando ya en otra cosa, el mentón también, quiero decir la barbilla, para cogérsela entre los dedos y decirle «Tú, ¿de qué vas?»

Mis ojos viajaron por su cuerpo. De tenista rusa, bien relleno de carne que se adivinaba no del todo endurecida; su estructura era de atleta, de hombros firmes y un par de buenos

pechos al acecho debajo de una camisa holgada de color verde claro con una rebeca azul marino. El resto eran unos pantalones grises, con una raya no demasiado afilada porque era ropa de trabajo, de mujer atareada con una mirada azul que buscaba ya en mi rostro si quería una habitación sencilla o doble y si me iba a quedar una noche o un par de semanas.

Ocupó su puesto detrás del mostrador.

—¿Tiene el carnet, por favor?

Hizo el ademán de volver la mirada hacia los cajetines pero no lo hizo, como si hubiera caído en la cuenta de que todas las habitaciones estaban vacías y yo era el primer huésped del año. Saqué el carnet y lo dejé sobre el mostrador. Lo ignoró porque su mirada se detuvo en una bolsa tipo petate sobre uno de los sillones de escay, entonces dijo eso de «perdone», salió de detrás del mostrador, cogió la bolsa, abrió una puerta debajo de la escalera y la arrojó adentro como si fuera un exmarido que no se acababa de largar.

Cogió el carnet. Sacó una ficha de un cajón y comenzó a rellenarla.

Tenía acento, pero no demasiado, debía hacer mucho que andaba por aquí; de un país del Este, cualquiera de ellos, hasta ahí llegaba yo, rusa tal vez como había musitado el tipo de la pensión, o de más acá. Me había mirado pero solo de pasada. Su mirada se había deslizado por mi rostro como por una pared desnuda. Demasiadas caras delante de aquel mostrador, casi todo tíos, tíos mal afeitados, camioneros, algún viajante, quizás un matrimonio mayor que se ha confundido de carretera.

La observé rellenar la ficha. Tenía unas bonitas manos, de dedos largos, con las uñas pintadas de un rosa suave dando a entender que pasaba de utilizarlas como reclamo. Le miré la boca para comprobar si estaba escribiendo con la lengua entre los dientes, pero la tenía cerrada. Su mano se movía con soltura apuntando mis datos.

En la televisión, un fulano bien rasurado seguía con las noticias, distante, dejando claro que no le iba nada en el asunto. La choni rellenaba la tarjeta sin prestarle atención. Dueña ya de todo mi sistema nervioso.

En la puerta de cristal apareció una sombra que se convirtió en un fulano con un pitillo colgando descuidadamente a un lado de la boca. Sin saludar ni nada, entró en el recibidor y pasó al otro lado del mostrador cruzando detrás de la choni. Sin más, sin decir nada, sin mirarnos tampoco a ninguno de los dos, se puso a darle a las teclas del ordenador con dos dedos, de pie, con la vista en la pantalla y el pitillo humeando a un lado de la boca como si hubiera nacido con él puesto. La choni le estorbaba pero no se apartó, el tipo se vio obligado a echarle una mirada fugaz, a cambiarse la estaca al otro lado de la boca y a mover un poco el teclado. Debía ser el jefe, aunque no llevaba alianza.

Era tirando a menudo, como un par de dedos más bajo que ella, pero se adivinaba, debajo del traje gris y la camisa blanca sin corbata abotonada hasta el cuello, un cuerpo nervudo, nervio natural, el de esos tipos que no esperan que les traigan la leña a casa, van al monte con el hacha y regresan con ella a cuestas. Pelo crespo, rostro cetrino con cejas rectas

muy densas cruzándole la frente, orejas muy pequeñas y muy pegadas al cráneo, como prescindibles. Le faltaba encima del labio un bigotillo trazado con tiralíneas para parecer uno de esos sicilianos con una navaja en cada bolsillo. Uno de esos tipos que necesitan de toda su energía para caer simpáticos. Dejó el ordenador y abrió una carpeta de gomas. Revisó unos papeles y se dirigió a la choni, sorteando el pitillo, en un tono autoritario y sin mirarla:

—Dame la lista.

Ella había terminado con la cartulina de ingreso, pero se limitó a desplazarse un palmo a la izquierda dejando libre el cajón del mostrador. El tipo la obsequió con una mirada que hubiera convertido en ceniza un búnker de hormigón y con la misma mala leche abrió el cajón y sacó un folio doblado por la mitad. Pero no cerró el cajón, entonces ella lo cerró con la cadera con suavidad, como si a él se le hubiera olvidado. Puso la tarjeta con otras tarjetas en un archivador de mesa y me tendió el carnet con una sonrisa franca de propina.

Me gustó aquello. Sobre todo si él era su jefe. La choni no se había puesto nerviosa, tampoco se había ruborizado o bajado la mirada, estaba claro que tenía al tipo en el bolsillo, con el riesgo de recibir un cogotazo si asomaba la cabeza. En realidad le ignoraba, como si no hubiera llegado. Me dio una llave y me dijo que mi habitación era la segunda a la izquierda siguiendo el pasillo.

Era como todas las habitaciones de pensión o de hotel barato, conocía unas cuantas. De paredes blancas, limpias pero vacías, ninguna fecha, ningún corazón atravesado por una

flecha, o las últimas palabras de un moribundo. Salvo un calendario de hacía dos años, en el mes de abril, con la foto de una monja mirando hacia lo alto mostrando las palmas de las manos como si se las acabara de lavar.

Una cama corriente con una colcha blanca desgastada, una silla de madera corriente que crujiría si te sentabas en ella, una alfombrilla y una ventana que daba a alguna parte. No había nada que desentonara en el conjunto, nada fuera de un mundo sin futuro, también sin pasado, hasta el presente había desaparecido. Era mi equipaje, llevaba la habitación conmigo, solo tenía que desplegarla y allí la tenía, hasta el aire era igual, venía incluido; yo también era el mismo, lo único que cambiaba era si me había afeitado aquella mañana o había pasado de hacerlo.

Me tumbé en la cama. Haciendo planes para los próximos cinco minutos. No merecía la pena ir más allá. Pensé en el pueblo, en lo que había visto, en que era un pueblo más, también conocía unos cuantos, de pronto me di cuenta de que no recordaba el nombre si es que alguna vez lo había sabido. Claro, era mejor pensar en la choni, pero no demasiado porque acababa de conocerla, solo cuatro palabras habían salido de su boca, y un par de sonrisas que había sacado del bolsillo.

Apenas tenía pasta, así que si quería comer y pagar la habitación un par de noches, tenía que encontrar en aquel pueblo, o donde fuera, un lugar donde regalaran los billetes, solo para aquel día. Y lo mismo al día siguiente, y el próximo, y el de más allá. No sabía si avanzaba o retrocedía, o si estaba parado.

Seguía sin haber nadie en recepción. La puerta de cristal esmerilado estaba entornada. En la alfombra se apreciaban las marcas lívidas de la aspiradora. Había una puertecilla al otro lado del mostrador, estaba también entornada, suponía que era la oficina, no debía de haber nadie dentro porque estaba a oscuras. Ningún sonido provenía del comedor, tampoco debía de haber nadie allí, la televisión estaba de nuevo apagada como si solo la hubieran encendido para ver las noticias. Pasé al otro lado del mostrador y empujé la puertecilla. Era un cuartucho, con una cafetera exprés pequeña y algunas tazas y platillos. No había una caja fuerte ni nada parecido. Salí y dejé la puerta como estaba. Tenía la sensación de que todo el mundo había cogido la pandereta y andaban de romería. Pero en febrero hacía demasiado frío para romerías.

Me incliné sobre el mostrador y busqué el pequeño archivador donde la choni había metido mi tarjeta. Había cinco tarjetas, debía llevarlas al cuartelillo como una vez al mes, o cada dos meses, la mía era la última. La cogí y la eché al bolsillo.

El invierno golpeaba las calles vacías. Soplaban algo de viento y la sensación de frío aumentaba, no se veía una nube, la tarde avanzaba hacia la noche. Saqué la tarjeta, la rompí y lancé los

trozos al aire que cayeron plácidamente sobre el pavimento como la última nieve del año. En aquel pueblo debía nevar bastante, desde el autobús había visto doble ventana en casi todas las casas.

Era un pueblo cualquiera, un pueblo grande, de unos diez mil palurdos, quizás alguno más. La mitad hombres, la otra mitad mujeres. Unos cuantos niños, algunos viejos epilépticos con el mando a distancia. Habría alguna chica guapa, dos o tres, ahorrando para sacar el billete para largarse de allí, ¿qué tal Nueva Zelanda?, perfecto, o demasiado cerca quizás. A lo mejor todas se habían largado. No, todas no, al menos quedaba una, una nativa se acercaba. Me hubiera gustado preguntarle algo pero no se me ocurría nada. Era una mujer guapa, aunque no iba maquillada, algo madura, por la primera mitad de los cuarenta, caminando muy concentrada, abrigo azul marino de batalla, por debajo medias, o pantis, de un tono lavanda; aposté a que iba de visita, a esa hora, a ver a su padre o a su madre enfermos, a ver qué dirá el lunes el médico. No me miró cuando nos cruzamos, o no me había visto o un tipo con una chupa de mercadillo no le merecía la pena.

Unas cuantas tiendas, árboles en las plazas, bancos de piedra vacíos, era sábado y los zombis que por la mañana habrían llenado las aceras impacientes por gastarse la paga habían desaparecido. Esperaba que no se lo hubieran gastado todo, que hubieran dejado algo para embarcar en el asiento del copiloto a una chica y hacer un par de kilómetros hasta una farola fundida.

Me dediqué a visitar el pueblo, no en plan turista porque no era un turista, sino estudiando el panorama, en plan hombre

de negocios. Necesitaba saber si era un pueblo con pasta, si tenía fábricas, edificios de oficinas, si había cuadras llenas de vacas y billetes enterrados en los colchones de lana.

En una plaza había un banco de los de meter dinero y dos cajas de ahorros. Me pareció demasiado para un pueblo como aquél, aunque a lo mejor había fábricas que repartían dinero y yo no las había visto todavía. Quizás sí porque en un solar había visto un par de volquetes. Aparcados porque era sábado. Entre semana tendrían algo que transportar: escombros, tierra, ladrillos... Podía haber una cementera fuera del pueblo. Fábricas igual a chicas al borde de la acera, hay que gastarse la paga antes de que la eche mano la parienta, ir de gira por el mundo el sábado por la noche, encontrarte con una negrita en un sendero en la jungla, o una india con plumas al desembarcar de la carabela, daba igual, la penumbra de una gasolinera te permitía viajar a la selva que quisieras.

Las seis en el reloj de una torre. Demasiado pronto para ver a una chica en tanga y sostén de fantasía ofreciendo su mercancía al borde de una acera. Se me había olvidado echar al bolsillo la cachiporra pequeña.

No hacía mala tarde pero continuaba sin haber gente por las aceras. No había dinero, ni ganas, mejor quedarse en casa y jugar al bingo con garbanzos. Los chicos comenzarían a salir a partir de las diez, con las manos en los bolsillos contando monedas. Tenía que haber una discoteca por allí cerca, para hacer el mono durante unas cuantas horas, para regresar a casa de madrugada agotados de saltar de rama en rama.

Me crucé con un nativo con pinta de espabilado. Le llamé.

El tipo se detuvo y se volvió. Le pregunté dónde podía encontrar un bar con chicas. El tipo no se lo pensó, como si todas las tardes echara una cabezada sobre la barra de aquel bar. Su dedo me indicó una dirección y de su boca salió un nombre: el Tanga.

Estaba en el último bloque de la calle. Más allá todo era campo. No era nada pero daba igual porque estaba cerrado. Y no desde hacía un par de días, por el polvo y los papeles acumulados entre la puerta de escay con grandes tachuelas doradas y la persiana metálica, hacía meses que habían echado el cierre, quizás más de un año.

Era sábado, el día de la semana que más se bebe mientras queda pasta en los bolsillos. Me dije que sabía servir una copa, que lo había visto hacer un millón de veces, llenas la copa, dejas la botella en el estante, miras al cliente a la cara y cobras. No había problema.

Retorné al centro y pregunté en un par de bares, pero no tenían nada para mí, y por el tono que emplearon, no tendrían nada ni para mí ni para nadie en los próximos diez años.

Las ocho. La hora en que las chicas comenzaban a hacer funambulismo sobre un bordillo. Rodeé un parque con poca luz pero no vi ninguna, quizás porque apenas pasaban coches por allí.

Me pateé el barrio viejo, esta vez deprisa, impaciente ya, buscando un bar con alguna luz roja, aunque fuera el Hogar del Jubilado. Calles estrechas, algunas adoquinadas con rodillos. Pocos bares, bares baratos para borrachos de vino. Como una media hora y nada, parecía como si en aquel pueblo no se hubieran enterado de que existían chicas amables